

virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía; y, todo esto, para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, segun he sabido, trae vuestra merced su principio y origen." Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del canónigo; y, cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: "Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.—Todo es al pié de la letra, como vuestra merced lo va relatando," dijo á esta sazón el canónigo. Á lo cual respondió Don Quijote: "Añadió tambien vuestra merced, diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleitan y enseñan.—Así es, dijo el canónigo.—Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta, que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan; porque, querer dar á entender á nadie que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbrá, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta; porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo, que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que ¡voto á tal! que es tanta verdad como es ahora de día; y, si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los Doce Pares de Francia, ni el rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos; y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la *Historia de Guarino Mezquino*, y la de la *Demanda del Santo Grial*, y que son apócrifos los amores de Don Tristan y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañoña, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña; y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañoña: de donde arguyo yo, que la debió de conocer ella, ó, por lo menos, debió de alcanzar á ver algun retrato

suyo. Pues ¿quién podrá negar no ser verdadera la *Historia de Pierres y la linda Magalona*, pues aun hasta hoy día se vé, en la Armería de los Reyes, la clavija con que volvía el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? y, junto á la clavija, está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerpo de Roldan, tamaño como una grande viga; de donde se infiere, que hubo Doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras, con el famoso señor de Charny, llamado Mosen Pierres, y despues en la ciudad de Basilea, con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon), venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo, que no fué á buscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso; las empresas de Mosen Luis de Falces contra Don Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que, el que las negase, careceria de toda razon y buen discurso." Admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que Don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería; y así, le respondió: "No puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles; y asimismo quiero conceder, que hubo Doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos describe: porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron *Pares*, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: á lo menos, si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan, de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que, los que la profesan, han de ser, ó deben ser, caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen *caballero de San Juan*, ó *de Alcántara*, decian en aquel tiempo *caballero de los Doce Pares*, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero, de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca, en la Armería de los Reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que, aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija,

y mas siendo tan grande, como vuestra merced ha dicho.—Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote, y, por mas señas, dicen que está metida en una funda de vaqueta, por que no se tome de moho.—Todo puede ser, respondió el canónigo; pero, ¡por las órdenes que recibí! que no me acuerdo haberla visto; mas, puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan; ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.—

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

¡BUENO está eso! respondió Don Quijote; los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que, con gusto general, son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, ó caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que, del medio del lago, sale una voz tristesísima, que dice:—¡Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando! si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete fadas que debajo desta negregura yacen:—y que, apenas el caballero no ha acabado